

Tres golpes

Daniela



Capítulo 1

Voy a contarles una historia algo extraña que me sucedió hace varios años atrás, cuando en plena juventud comenzaba mis primeros meses viviendo sola.

Sucedió una madrugada tormentosa de invierno, yo alquilaba un departamento de un ambiente por muy poca plata en un barrio cercano a mi primer trabajo, dormía después de un día arduo de muchas horas de trabajo cuando tres golpes duros y secos me arrancaron del mundo de los sueños a la realidad en un sobresalto. Me levanté de la cama de un salto, salí de la habitación y en tres pasos había cruzado la cocina que era aún más chica que el dormitorio, me abalancé sobre la puerta con mi ojo pegado a la mirilla para ver quien golpeaba con tanta urgencia a las cuatro de la madrugada. Nada. No había nadie del otro lado de la puerta. Sentí que un suspiro de alivio dejaba mi pecho, aunque todavía me temblaban un poco las manos, estaba segura que había escuchado los golpes con claridad. Pensé que podrían haber sido al departamento vecino, había dos por piso, pero sería aún más extraño porque allí no vivía nadie. El día que me mudé al edificio el conserje que me ayudó a subir un par de cajas me lo había dicho y en ese entonces recuerdo haber lamentado no tener una compañera de piso. Ahora a la distancia creo que era lo mejor, nunca se sabe que loco te puede tocar de vecino.

Fui a la heladera y tomé la jarra de agua, comencé a pensar que tal vez había soñado todo y los golpes nunca existieron. La verdad era que últimamente me sentía agobiada, el nuevo trabajo me tenía muy estresada y por las noches no podía dormir bien. De hecho, era una de las razones por las cuales me había mudado al barrio, me quedaba mucho más cerca y pensé que eso haría las cosas un poco más livianas. Según mi mamá era en vano, me daba como consejo y única solución que dejara “ese trabajo horrible donde no hacían otra que cosa que explotarme” como me había dicho literalmente. Pero eso no estaba entre mis opciones. Estaba dando mis primeros pasos como profesional después de arduos años estudiando y a meses de haberme recibido, no iba a soltar las riendas tan fácilmente. A todo este estrés laboral se le sumaba la vorágine de vivir sola por primera vez y la responsabilidad que esto conlleva, así que como se podrán imaginar no estaba pasando mis mejores noches. La última semana había tenido unos sueños horribles y esto no había sido muy diferente realmente. Me serví un poco de agua en el único vaso que tenía y me volvía a la cama a tratar de pegar un ojo cuando los volví a escuchar. Tres golpes fuertes como si en lugar de llamar a la puerta la intención fuera tirarla abajo. Salté de susto y del vaso me cayó agua en el pie descalzo. Lo apoyé con la mano temblorosa en la mesa y me acerqué esta vez muy despacio y en puntas de pie. Miré una vez más al otro lado

de la puerta por la mirilla e igual que antes nada. Solo se veía el espantoso empapelado florido y viejo del pasillo del edificio. Pero no había nadie al otro lado. Sentía miedo. ¿Era prudente que abra la puerta para mirar por el pasillo? ¿o era preferible correr a taparme con la frazada hasta la cabeza y esperar que llegue el día? Tal vez llamar a la policía hubiera sido una buena opción. Pero realmente nunca fui una persona de tomar sensatas decisiones y con el sudor en la frente y los dedos que me temblaban en el pasador de la puerta muy despacio la destrabé. Esperé un momento con la oreja pegada a la madera a ver si escuchaba algo del otro lado, pero todo lo que podía oír era mi respiración agitada. Giré la manija y abrí un par de centímetros espiando con un solo ojo. Como había visto por la mirilla nadie estaba del otro lado. Solo podía ver el pasillo con el horrible empapelado, la luz amarillenta que poco iluminaba y la oscuridad al final del pasillo. Pero algo llamó mi atención. En el piso justo frente a mi puerta un sobre blanco. Abrí un poco más y me agaché para recogerlo, también pude ver pisadas de barro desde la puerta de mi departamento que se perdían en la oscuridad del final del pasillo. Alguien había tenido mucha urgencia para dejar esa carta a mitad de la madrugada y en plena lluvia.

Entre rápido con el sobre en mano dando un portazo y trabé la puerta de nuevo lo más rápido que me dieron los dedos. Respiré aliviada, me senté en una de las únicas dos sillas que tenía a la mesa y miré el cuadrado blanco en mi mano. "Tanto alboroto a estas horas para tan pequeña cosa" pensé. Lo di vueltas varias veces antes de abrir, además de intriga sentía algo en el estómago que hacía que se me retuerza, ¿miedo? podía ser, tal vez angustia de pensar en recibir malas noticias o peor, una propaganda. Algo tan decepcionante como un folleto que no valiera la pena tanta incertidumbre. De a poco rompí uno de sus bordes y saqué un papel blanco doblado al medio. Dejé el sobre en la mesa y lentamente desdoblé el papel. Una oración escrita en tinta negra. Un sudor frío me cayó por la frente hasta la nuca, mis dedos temblaban y hacían que el papel baile en mi mano. Podía sentir como la sangre se me helaba y mi rostro se volvía pálido. En el papel escrito a mano se leía:

"Nunca abras la puerta a mitad de la madrugada"

Tiré el papel en la mesa y me paré llorando. ¿Qué era esto? Una broma pesada y de muy mal gusto. Me sequé las lágrimas con el puño del sweater y me di vuelta para ir a la cama, pero un grito de horror me sacudió. Mi propio grito de horror. La puerta de mi departamento estaba abierta de par en par. Estaba segura que la había cerrado, no solo eso, la había trabado con el pasador y apostaba mi vida a eso. Corrí a cerrarla con el corazón a punto de salirse de mi pecho, sentía que me dolía todo el cuerpo de miedo. Las lágrimas me caían por las mejillas y no sabía qué hacer. Por un lado, quería esconderme bajo la cama, pero por otro sentía

que ya no estaba sola allí.

No podía decidir con claridad que hacer, mi único instinto en ese momento fue correr a la habitación. Tan rápido como me daban las piernas entré al cuarto y cerré la puerta con llave. Con una mano en el pecho y llorando desconsoladamente retrocedí hasta caer sentada en la cama, tal vez había cometido un error en encerrarme allí. No tenía como pedir ayuda desde ahí dentro porque el único teléfono que tenía en el departamento estaba afuera y mi única salida era una ventana en caída libre desde el quinto piso. Tampoco sentía que salir fuera de casa hubiera sido una buena opción, a estas horas de la noche y pensando que quien sea que dejó la carta podría tal vez estar ahí esperándome en el pasillo. Realmente no sabía si mi decisión fue la correcta pero tampoco estaba segura de que estaba pasando y eso era aún peor, sentía que todo me daba vueltas en la cabeza. Intenté respirar hondo y relajarme, pero era inútil, en el silencio de la noche podía escuchar los latidos de mi corazón como un tambor y mi respiración agitada. Y algo más. Contuve la respiración para poder escuchar mejor y distinguir que era eso a los lejos. Me tapé la boca con fuerza con las dos manos cuando me di cuenta de lo que estaba oyendo. Eran pasos. Pasos lentos y pesados que hacían crujir el piso de madera y desde lejos cada vez se acercaban más a mí. Estaba paralizada escuchando cuando de pronto se detuvieron y comprendí lo que tanto me temía, lo que fuera que estaba allí estaba parado justo al otro lado de la puerta de mi habitación. Yo estaba inmóvil sentada en la cama. Esperando. No sabía que iba a pasar, solo sabía que el mundo se había detenido en ese instante donde no podía ni respirar. El ruido del picaporte me hizo saltar y salir de mi estado estático, quien sea estaba tratando de entrar y sabía perfectamente que yo estaba allí dentro. El picaporte se movía de lado a lado pero la puerta estaba con llave, yo no sabía qué hacer, no tenía donde correr y tirarme de un quinto piso no estaba en mis planes. Abrí la ventana y miré hacia abajo, el viento y la llovizna me pegaron en la cara como una bocanada de esperanza. Dejé la ventana abierta y me escondí adentro del placar. Era un acto desesperado de distracción, tal vez lo que sea que esté del otro lado vea la ventana abierta y piense que hui por ahí, quizás no se le ocurra mirar dentro del armario y solo se vaya. Todo eso lo pensé en segundos, mientras tanto el picaporte seguía moviéndose, cada vez más fuerte. De repente un golpe duro. Estaba tratando de abrir la puerta por la fuerza y considerando la calidad de esta resultaba obvio que lo lograría en cualquier momento. Otro golpe. Me tape la cara esperando lo peor. En el tercer golpe la puerta cedió y se abrió rebotando contra la pared, yo seguía escondida en mi armario hecha un bollito en una esquina. Desde la ranura diminuta que quedaba entre puerta y puerta del placar podía ver las botas de lluvia embarradas acercarse a la ventana. Eran las mismas botas que habían dejado sus huellas en el pasillo. Traté de no respirar para que no pudiera oírme, me goteaba sudor por la frente y sentía que en cualquier momento me iba a desmayar de miedo. Vi las botas girar hacia el armario. Hacia mí. Caminaban lentamente para donde yo estaba y se detuvieron justo frente

a las puertas de mi escondite. Fueron los segundos más eternos de mi existencia. Cuando las puertas del armario se abrieron de golpe grite como nunca había gritado en mi vida.

Desperté con la boca seca, como si acabara de correr una maratón en medio del desierto, sentía que la cabeza se me iba a partir al medio. Hacía tiempo que venía teniendo sueños extraños pero este había sido tan real que todavía sentía una opresión en el pecho. Miré el placar donde me había escondido en mi pesadilla y en la oscuridad iluminado por la luz de la luna me hacía sentir escalofríos.

Me levanté muy lentamente y todavía algo dormida, hacia frío y eran las cuatro de la mañana, sabía que volver a dormir sería una tarea difícil. Caminé a buscar un poco de agua y el piso se sentía helado bajo mis pies, por la ventana podía ver la tormenta y en el silencio se escuchaba el viento soplar con fuerza. El agua me hizo sentir mejor y después de dejar el vaso en la mesa volví a mi habitación pensando que tal vez con algo de suerte podría conciliar el sueño al menos un poco. No había terminado de llegar al dormitorio cuando tres golpes pesados retumbaron en todo el departamento. Se me heló la sangre. Me quedé dura y por un segundo estuve a punto de girar sobre mis pies y mirar hacia la puerta, pero en mi mente no podía pensar en otra cosa que en la nota de mi sueño: "Nunca abras la puerta a mitad de la madrugada". Como pude seguí caminando hasta la cama y me tapé con todas las frazadas que tenía hasta la cabeza.

Mentiría si dijera que logré cerrar un ojo en lo que quedaba de la noche, los golpes se volvieron a escuchar un par de veces más antes que llegara el día y siempre de a tres, pero ni una sola vez moví un solo músculo. El departamento estaba congelado y aun así sentía mi cuerpo sudar de miedo bajo las mantas. Cuando el primer rayo de sol entró por la ventana anunciando el fin de la noche y de la terrible tormenta sentí que mi corazón se calentaba un poquito. Ya los golpes no los había vuelto a escuchar hacía rato y mientras el miedo se iba yendo iba recuperando las fuerzas para salir de mi refugio, a eso de las nueve de la mañana logré levantarme de la cama.

Di muchas vueltas por el pequeño departamento por horas hasta poder acercarme a la puerta, era inevitable que en algún momento de mi vida tendría que salir y afrontar la situación. Tomé coraje y de una vez destrabé el pasador y abrí la puerta de par en par. Así. Sin dudar. Si había algo del otro lado y mi pesadilla se hacía realidad tenía que ponerle el pecho de una vez por todas. Voy a decir a mi favor que en mi mano derecha tenía un cuchillo de cocina, porque podía cometer un acto tonto de valentía, pero desprevenida nunca.

Del otro lado de la puerta como era de esperar no encontré a nadie, pero para mi sorpresa y para nada grata había una carta en el suelo del pasillo,

estaba justo frente a mis pies igual que en mi sueño. Luego de levantarla cerré la puerta sin siquiera trabarla y me senté con resignación, suspiré hondo como quien sabe que está a punto de recibir malas noticias pero no puede hacer nada para evitarlo. Esta vez no di vueltas para abrirla, de cualquier modo yo ya sabía lo que estaba escrito dentro de ella.

Pero como todo en la vida nunca podemos saber a ciencia cierta lo que nos espera. Esta vez la carta estaba escrita en tinta negra de la misma manera que en mi pesadilla, pero la frase había cambiado:

"Buena chica".